

Damián Rovner  
**SÍ, FUI YO**



La mañana del miércoles, luego de padecer largos insomnios, el detective Antonio Grillo logra conciliar el sueño. La noche del último domingo, un suceso inesperado, una reacción intempestiva, alteró sus rutinas y perturbó su estabilidad emocional. El timbre irrumpe en su frágil sueño y una mujer extraña se presenta interesada en contratar sus servicios. Anahí González está vestida de negro, se seca las lágrimas y le cuenta los detalles de un caso que, en principio, no parece difícil de resolver. Pero los datos de la fecha y el lugar del crimen sumergen a Grillo en una pesadilla interior: él sabe del caso más de lo que debería. A pesar de su secreto, de la información que debe esconder, Grillo se encuentra a ciegas tratando de hacer encajar piezas de una trama que lo excede.

A Juan Pablo, Pedro y Ludmila.

«La *epimeleia heautou* (inquietud de sí mismo) designa, siempre, una serie de acciones, acciones que uno ejerce sobre sí mismo, acciones por las cuales se hace cargo de sí mismo, se modifica, se purifica, se transforma y transfigura».

MICHEL FOUCAULT

*La hermenéutica del sujeto*

## I

Timbre. Abrí los ojos. Estaba tenso, agitado y respirando con dificultad. Eran respiraciones entrecortadas, como si el aire estuviera entrando en pequeñas dosis, en fragmentos y no fluidamente. Sin moverme, entorné la mirada hacia la mesa de luz. Las siete y treinta. El cuerpo me pesaba horrores abandonado sobre la cama. Apenas había dormido una hora y media, tenía resaca y la cabeza me daba vueltas. Necesitaba una ducha. Lentamente comencé a despertar cada miembro del cuerpo: primero un brazo, luego una pierna y, de a poco, bajé de la cama y me arrastré como pude hasta el baño. Los días que dormía poco el dolor de cadera y la reinguera se intensificaban. Abrí el agua caliente y la fría hasta encontrar la temperatura. Timbre. Con el toallón en la cintura me acerqué hasta la puerta. Tuve que carraspear varias veces hasta que me brotó una voz de ultratumba: ¿Quién es?

—¿Detective Grillo? —preguntó una voz de mujer del otro lado de la puerta.

—Espere un momento por favor —respondí en voz baja. Volví al baño, entré en la bañera y dejé que la lluvia me corriera por el cuerpo. Miré hacia adelante a través del agua cayendo por las mejillas; me costaba mantener los ojos abiertos. Moví la cabeza en círculos corroborando que la contractura de las cervicales estaba en su lugar. Mi cuerpo entero era una queja. Apenas movía el hombro derecho sentía una puntada en la nuca que me fruncía hasta los huesos del culo. Timbre. Corté el agua, tomé el toallón y salí

de la bañera. Me sequé el cuerpo mientras observaba el espejo que seguía mal apoyado sobre el lavamanos, haciendo equilibrio. Lo desempañé con un gesto circular, me acerqué y traté de medir el estado de mis ojeras; estaban horribles. Resignación. Me acomodé desganadamente el pelo con las manos y volví hacia el cuarto a vestirme. No esperaba a nadie. Un calzoncillo, unas sandalias y un salto de cama. Caminaba con dificultad hacia la entrada cuando sonó el timbre dos o tres veces seguidas, con impaciencia. No estaba en condiciones de recibir a nadie, ni siquiera por trabajo. Fastidioso, entreabrí la puerta y asomé la cabeza. Una mujer. Un llanto.

Era un miércoles de septiembre del 94. Todavía quedaban resabios de una niebla matinal espesa, digna de los meses de invierno, una niebla perezosa dado que ya corrían los primeros días de la primavera.

Con un pañuelo en la mano, la mujer reprochó: «Ya me estaba yendo, ¿usted es Grillo?». Respondí que sí con un gesto afirmativo de la cabeza. Entonces, sin invitación, empujó suavemente la puerta hasta abrirla por completo, cruzó el umbral e irrumpió con decisión en la sala de estar de mi casa esquivando el desorden. Observé perplejo cómo se detuvo en el centro del cuarto, estudiando brevemente los lugares en donde podía ponerse cómoda mientras se secaba las lágrimas delicadamente con el pañuelo. La sala-living-comedor-estar de mi casa era un ámbito bastante luminoso dado que tenía, además de la ventana a la calle, un ventanal que daba a un patio interno, al que se entraba por una puerta de doble hoja de vidrio ubicada en el corredor que comunicaba a las habitaciones. Esta vez la ventana a la calle estaba cerrada desde hacía dos días. Era un recinto bastante despojado, de paredes blancas, y mi única presunción era un cuadro de un metro por un metro y medio sobre la pared de la derecha, que me había regalado un amigo, el vasco Uriona. No lo entendía bien, pero me gustaba. Eligió un silloncito bajo y muy comfortable junto a la

ventana que, cuando quiero relajarme, uso para escuchar buena música, tomar mi medida habitual de whisky y, a veces, fumar un cigarro.

A todo esto, yo seguía parado en el umbral, con la puerta abierta y mi mano derecha en el picaporte, admirado por la naturalidad con que se había invitado a pasar esa mujer. Antes de cerrar la puerta eché un vistazo hacia la calle y me llamó la atención un tipo de barba que fumaba apoyado sobre un auto rojo con vidrios polarizados estacionado a metros de mi vereda. Cuando nuestras miradas se cruzaron, el tipo dio vuelta la cabeza; seguramente alguien que la había acompañado. Cerré y giré hacia la mujer.

Aunque el salto de cama que llevaba puesto era bastante elegante, de una seda color bordó con arabescos dorados, la situación era un tanto incómoda. Por reflejo, me cerré un poco la parte del pecho para tapar los pelos canosos que asomaban.

Por un momento pensé en contraatacar con alguna frase irónica del siguiente estilo: «Querida, ¿qué te pasó?, ¿y los chicos?». O: «Qué tarde se te hizo, ¿en dónde anduviste?»; pero no dije nada de eso y dejé pasar su abuso de confianza, como muchas otras veces iba a tener que hacerlo.

Simplemente cerré la puerta y anuncié:

—Permiso, voy a pasar a ponerme un atuendo más presentable.

—No hace falta, solo le voy a robar unos minutos. Perdone que me haya tomado el atrevimiento de entrar así en su casa, pero...

—Bueno —dije desconcertado y cortando su ya inservible disculpa—, permítame al menos encender la máquina de café.

Sentía el cansancio en cada músculo del cuerpo. Llevaba 72 horas casi sin poder dormir y un café era fundamental para sostener ese encuentro. Luego del paso doméstico por la cocina, caminé callado hacia el sillón que me ubicó

frente a ella, al otro lado de una mesita baja de caoba oscura que hacía de centro de *living*.

Era una linda mujer; aproximadamente 32 años de edad, delgada, esbelta, cabello y ojos marrones, una mandíbula perceptiblemente ancha, una boca atractiva, mirada huidiza, y un vestido de algodón liviano color luto que le marcaba unas insinuadas curvas y dejaba suponer unas bellas piernas. A pesar de lo molesto que resulta que se acerquen a la casa de uno a hablar de negocios, la escena tenía algo de seductora: una bella mujer, yo en salto de cama y, aparentemente, un caso por resolver.

Ya sentado, crucé las piernas, me acomodé el salto de cama como hubiese hecho una mujer con su pollera para ocultar sus entrepiernas, y me animé:

—¿Nos conocemos?

La mujer endureció el gesto. Nuestras miradas se sostuvieron unos segundos y sus ojos optaron por no perder energías en contestarme. Apretó los labios y sentenció:

—No le haré perder tiempo señor Grillo. Mi marido, Guillermo Rodhas, fue asesinado el domingo por la noche.

Mis ojos terminaron de despertarse por completo y mi cara palideció. Ella seguía relatando:

—Los dos últimos días no pude hacer otra cosa que llorar y ocuparme de los trámites para el velorio.

Entonces nuevamente sacó el pañuelo para secar las lágrimas que brotaban de sus ojos. Se la vio hacer un esfuerzo por recomponerse y exponer su historia.

—Cuénteme —dije con curiosidad.

—Tengo muchas razones para sospechar de Miguel Shep, dueño de la cadena de periódicos y revistas *La Voz*. Mi marido trabajaba en la Bolsa, trabajo en el que en los últimos años le había ido considerablemente bien. Hace unos cuantos meses, Guillermo había descubierto un arreglo que el señor Shep tenía con el gobierno para difundir ciertas noticias y se atrevió a pedir una cantidad de acciones a cambio de su silencio.

Parecía quebrada pero cuando relataba los hechos su discurso tomaba un tono particularmente duro y de cierto reproche.

—En un comienzo no pasó a mayores —continuó—, la cadena gráfica accedió sin ninguna objeción. Este proceder le dio a mi marido demasiada confianza y comenzó a pedir más y más acciones y dinero. Era realmente peligroso. Un amigo suyo y yo le aconsejamos que frenara, que si continuaba en ese plan podría llegar a verse en un aprieto. Guillermo no escuchaba a nadie. Respondía que apenas notase una queja o reclamo de parte de la gente de Miguel Shep, él se detendría.

La observaba petrificado.

—¿Le pasa algo? —preguntó la mujer.

—Eh... no. Pensaba en ofrecerle una taza de café recién preparado —contesté.

—No, gracias, prefiero seguir.

—Si me permite, yo sí me voy a servir una. Hablar de estos temas en ayunas no me sienta muy bien.

—Entonces tráigame un vaso de agua, por favor.

—Cómo no —agregué mientras cruzaba la sala hacia la cocina.

Debía estar realmente pálido. Me heló la sangre pensar en la posibilidad de haber sido yo quién mató a ese hombre del que ella me estaba hablando. No me podía sacar la imagen de esa esquina de Pasco y San Juan, con el tipo tirado en medio de la vereda; sus últimos segundos de vida me miró desconcertado, como si alguna bruja le hubiese asegurado el día anterior que faltaba mucho para que se fuese del otro lado, que tenía por delante un largo camino. Evidentemente todavía no me había recuperado del *shock* —tampoco esperaba que se me pasara en uno o dos días— y noté que hablar de un asesinato había acelerado mi respiración. Ese episodio también había sido el domingo por la noche, hacía poco más de dos días, y desde ese momento estaba encerrado en mi casa, alterado, con dolor de

cabeza, tomando *whisky*, sin saber qué hacer y qué actitud tomar respecto de lo que había hecho. A lo largo del último día había logrado serenarme un poco, pero esa visita auspiciaba revivir la pesadilla. La cocina era un buen refugio para tranquilizarme. Abrí la canilla de agua caliente y metí las manos debajo del chorro. En una sola oportunidad, antes, había matado a un hombre. Había sido muchos años atrás en un tiroteo en Wilde. Un enfrentamiento callejero de esos que están contenidos y justificados por la sociedad dentro del marco de los buenos y los malos; los que están cumpliendo con su deber y los que merecen el castigo. Por suerte, ese tipo de matanzas son lo suficientemente impersonales como para no afectar por demás lo sensible que a uno le queda. Particularmente, en mí, no creo que sea demasiado.

Cerré la canilla, serví el café, el vaso de agua, tomé unas galletas de sémola y acerqué todo en una bandeja a la sala donde se encontraba mi posible nueva clienta. Había permanecido callada.

—¿Qué le pasó en la pierna? —preguntó.

—Un accidente cuando era más joven. Siga contándome.

—¿Le molesta si fumo, señor Grillo?

—No. Aquí tiene un cenicero. Puede continuar —agregué extendiéndole el vaso.

Encendió un Gitanes, me agradeció el agua y bebió un sorbo estirando mucho la cabeza y el cuello hacia atrás. Reanudó el relato mientras yo me acercaba la taza de café a la boca.

—Bien. El asesinato ocurrió en la esquina de El Jaguar, un club privado ubicado en la calle Pasco entre Humberto Primo y San Juan.

Me bajó la presión, mi mano que sostenía la taza tembló peligrosamente y mi cara debió haberse puesto más blanca que la pared. Tuve que hacer un esfuerzo casi sobrehumano para contener el pulso y que mi salto de cama no

adquiriera un color café caliente. Parecía que los ángeles me estaban jugando una mala pasada. Querían divertirse un rato conmigo y la broma no me resultaba de buen gusto. Ella continuaba detallando.

—Guillermo iba a ese club cuando se contactaba con la gente de Shep. Tenía ganas de que hiciésemos un viaje y estaba dispuesto a conseguir el dinero nuevamente a través de esos medios. Un patrullero lo encontró a las 2:40 AM y, según dicen, el asesinato no debe haberse cometido mucho rato antes, tal vez diez minutos.

Era una pesadilla. Pero ella proseguía.

—Tenía que estar en El Jaguar a la 1:30 AM. Por lo tanto, supongo que habrá sido a la salida. Mi teoría es que la gente de Shep esperó a escuchar con qué se salía esta vuelta Guillermo. Al comprobar que sus intenciones de extorsionar no cesaban ni disminuían, tomaron la decisión de eliminarlo. No sé qué piensa usted. Yo creo que está bastante claro.

No podía pensar absolutamente nada. Yo había matado a ese sujeto y me estaban proponiendo hacerme cargo del caso. No era posible semejante coincidencia. Estaba desconcertado. El domingo por la noche, yo, el detective Antonio Grillo, había hundido una bala en el estómago de un tipo con el que me tropecé en la esquina de Pasco y San Juan. Eran las 2:30 AM, había tomado unas copas de más y caminaba volviendo a casa tratando de recordar la letra del tango *Yira yira*, «verás que todo es mentira, verás que nada es amor». Iba distraído, muy mareado, y me llevé por delante a ese hombre que acababa de doblar en la esquina. Me insultó, me dio un empujón, y por causa de la renguera perdí rápidamente el equilibrio y caí sobre el baúl de un auto estacionado. Me levanté decidido a devolver la agresión, muy molesto, y burlándolo por una corbata rosa que llevaba puesta; pero cuando me acerqué lo suficiente y estuve a su alcance me sacudió con un puño en el estómago. Mi metro ochenta y cinco se dobló y caí sobre la vereda.

Por reflejo busqué el arma que llevaba en el estuche de la cintura. La empuñé apuntándole, enfurecido y ebrio. El tipo me empezó a gritar que qué hacía, que si estaba loco. Entonces, de repente, sentí que se me venía encima, y con la fuerza que hice para recomponerme y pararme, sin querer, apreté el gatillo.

Apenas el hombre cayó al piso, una nube ocupó la escena central de mis ojos y mi cerebro. La calle se destiñó. Estaba aturdido, no podía enfocar. Era como si hubiesen disparado una de esas máquinas de humo en mi interior. De pronto comencé a tambalear y mis rodillas estallaron sobre la vereda nuevamente.

Con las manos apoyadas en el piso, me llevó un par de minutos recobrar el aliento y entrar en razón: soy detective y acabo de matar a una persona sin ningún motivo, pensé. Miré a los costados, comprobé que no había nadie cerca, guardé el arma, y hui como un mísero cobarde. Yo, la ley, acababa de sepultar a un pobre imbécil.

Confundido, con la viuda enfrente mío, debía evitar rápidamente la situación que estaba viviendo.

—Pienso antes que nada, señora Rodhas —intentaba mantener la compostura a toda costa—, que debo meditar lo que resta de la mañana sobre qué posibilidades tengo en este momento de hacerme cargo del caso o, en su defecto, derivárselo a algún compañero de confianza.

—Me parece razonable y prudente, pero usted bien sabe que cuanto más tiempo se demore la investigación, más oportunidades se le dan al asesino para construir su coartada.

Eso era, efectivamente, lo que yo necesitaba. Esa mujer parecía muy inteligente y astuta; por ende, tenía que moverme con sumo cuidado y pensar bien la decisión. Lo que estaba sucediendo me resultaba inverosímil. Debía cerrar la conversación de manera urgente.

—Son las ocho y diez. Si me deja un teléfono, le informaré mi decisión al mediodía.

—Preferiría que fuese antes —dijo mientras se paraba y acomodaba el vestido—, pero si hasta esa hora no me ha llamado, daré por descontada la respuesta y estaré buscando a otro detective.

—No se preocupe, sea cual fuere la respuesta, no dejaré de hacérsela saber. ¿Me pasa un teléfono al cual llamarla?

—Anote: 4922-5845.

La acompañé hasta la puerta acomodándome el salto de cama, esboqué la mejor sonrisa de ocasión que encontré en carpeta y tomé nuevamente el picaporte con la mano derecha.

—Espere —se me ocurrió preguntar—, ¿cómo fue que dio conmigo?

—Los avisos clasificados de las páginas amarillas.

La miré estupefacto.

—Simplemente elegí uno. Creo en el azar y el destino.

Entonces se despidió con un pedido en los labios:

—Mucho gusto señor Grillo, espero que me ayude usted a esclarecer la muerte de mi marido.

Solo acusé con otro gesto afirmativo con la cabeza mientras ella ganaba la vereda. Cerré, me acerqué a la ventana, y comprobé que se dirigía hacia el auto rojo que seguía allí estacionado.

Jamás creí que esos avisos me traerían un cliente, y menos en estas condiciones.

## II

Sentía en el cuerpo esa presión que ahoga, el aire que no llega a los pulmones. Abrí grande la boca para ayudarlo a entrar por la garganta y oxigenar la sangre y las ideas, pero no sucedió. Repentinamente, todo desapareció alrededor. Un inmenso vacío. Caí sentado en aquel pequeño sillón con la nuca hundida en el respaldo, veía imágenes: una foto de Rodhas cayendo con movimiento de helicóptero cortándome la frente; sus ojos desprendiéndose del papel y saltando hacia los míos ennegreciéndome y provocando una marea de líquido que se esparcía por el interior de mi cráneo. No lograba respirar bien. La angustia era intensa. Estuve así paralizado unos minutos que parecieron una eternidad. En algún momento, la presión comenzó a ceder.

El cuerpo siempre tarda más que uno en volver. Cuando bebés de más, por ejemplo, querés creer que estás en pleno uso de tus facultades, pero los reflejos corporales responden a un ritmo que nunca es el deseado. La tan mentada pérdida de reflejos. Las imágenes se iban definiendo, aclarando. La visión se normalizaba, pero el resto del sistema nervioso aún no reaccionaba. Mis manos estaban rígidas arañando los apoyabrazos y mis piernas clavadas en la alfombra. Recorrí con la vista mi estancamiento, mi inmovilidad y fui relajando cada músculo mientras me observaba, ajeno. Poco a poco me incorporé. Debía hacer algo. Tenía que hacer algo. Me levanté y caminé por la sala estirando los brazos para despertarlos. La pierna me dolía

más que de costumbre. Casi tenía que arrastrarla. Estaba histérico. Fui hacia mi cuarto.

Era un caso diferente. Sabía que me remordería la conciencia, si no por el resto de mis días, por una buena porción de estos. Pero no iba a resolver mis problemas de conciencia en ese momento, y había una mujer esperando una respuesta para continuar con su historia. En mi cuarto me recosté unos minutos y respiré profundamente.

Mi aspecto no era muy agradable —era sencillamente deplorable—, pero me corrían los minutos, no tenía tiempo ni para peinarme y, a pesar de eso, me costaba tomar la decisión de salir; estaba tirado como un lagarto, como un toro herido esperando por la estocada final. Me recompuse como pude, tomé una chaqueta marrón que hacía juego con el pantalón *beige* claro, pero no con la camisa azul seda de cuello ancho que heredara de mi padre, y salí en busca de un taxi que me llevara al archivo de la Policía Federal. Debía revisar si había carpetas o antecedentes sobre Guillermo Rodhas y Miguel Shep. Qué clase de trabajos habían tenido, qué conexiones en política o con la policía y si figuraba algún antecedente comprometido que al menos me sirviera en esta oportunidad.

Mi casa está en el barrio de San Cristóbal, en Buenos Aires, calle Pichincha entre Pavón y Constitución. Una cuadra empedrada, de adoquines, bastante tranquila para lo que es la zona, salvo por el ruido de la autopista que pasa a una cuadra por encima de las cabezas de los vecinos, y en algunos horarios es una sinfonía de motores y bocinas. Es una modesta casita que había sido de mis abuelos paternos. Como ya les dije, la entrada da a una sala amplia que sirve de comedor, *living*, sala de estar y todo eso. La cocina hacia la izquierda; una ventana en la pared opuesta a la puerta da a un patio interior; y un pasillo, a la izquierda de aquella ventana, comunica la sala con dos dormitorios y un baño. Una construcción antigua, de esas que constantemente hay que reparar una humedad por aquí, una filtra-